

Capítulo 10. La huida

Debía buscar algo para comer. Sentía el lamento de cada músculo de su cuerpo exhausto implorando algo de combustible para seguir, para continuar el tormento en el que se había convertido aquella huida sin fin. Tres noches duraba ya aquella carrera por aquel infierno paradisíaco, se aproximaba la cuarta y su ánimo empezaba a crecer en el mismo modo en que sus fuerzas empezaban a faltarle. Como en anteriores ocasiones dejó la orilla para adentrarse en la jungla en busca de alimento. Las pautas que siguió fueron las mismas que en días pasados: recogía las frutas que veía en el suelo y las probaba, desechando las que le producía un gusto desagradable e ingiriendo las de sensaciones más agradables. Conocía algunos de los frutos debido a su estancia en esta nueva tierra y durante este desenfrenado trasiego que le ocupaba había aprendido a diferenciar unos cuantos más. Echaba de menos algo de carne, por eso de cuando en cuando se aventuraba a tragarse algún animalillo que encontraba sin apenas paladearlo pues se trataba sobre todo de gusanos y minúsculos cangrejos. Procuraba no internarse mucho en la selva, su plan era seguir el río. “Todos los ríos van a la mar”, se decía para darse ánimos.

A menudo se hablaba para escucharse, pero lo hacía con susurros, temeroso de que alguien más lo oyera. Sus palabras siempre iban encaminadas a alentarse en su propósito de no desfallecer. Desde el mismo momento que escapó, su mente urdió el plan a seguir: iría río abajo, todos los ríos van a parar al mar. El mar estaba lejos, lo sabía, había hecho el camino con la expedición y habían tardado días, meses, en llegar, ¿pero qué otra cosa podía hacer?, ¿hacia dónde podría huir? En el mar estaba su libertad, o incluso antes, si encontrara cualquier asentamiento colonial en esa dirección. Sabía que no había ningún atisbo de civilización río arriba, por eso seguía el sentido que marcaba la corriente.

“Vamos Julián, no puedes morir aquí, sigue...”, se envalentonaba mordiendo una fruta casi en estado de putrefacción. El latido de su corazón había bajado gradualmente con el paso del tiempo y su pensamiento era ahora más claro. “Han pasado tres noches y no me han cogido, quizás hayan desistido, o me hayan dado por muerto”, sus labios se esforzaron en arquearse hacía arriba, dibujando algo parecido a una sonrisa, la primera

en bastante tiempo. Tras comer alguna fruta más volvió tras sus pasos para no perderse y llegó de nuevo a la orilla. En su camino descubrió un montículo que llamó su atención. Tras retirar unas ramas de su parte superior y examinarlo, sus ojos se regocijaron con la vista de un numeroso grupo de huevos. Ávido como estaba de tomar algo más allá de lo ofrecido por las arbóreas estructuras que lo cubrían se dispuso tembloroso a partirlos y devorarlos. En el interior de los huevos ya se atisbaba una diminuta criatura reptilesca, pero eso no le frenó, engulló doce seguidos y se retiró de la zona temiendo hallarse con la infortunada hembra a la que había robado su descendencia. Por primera vez desde que abandonó el poblado sentía cierto grado de seguridad. Buscó un sitio donde descansar y lo encontró en un saliente en la parte más escarpada de la orilla, donde unas inmensas raíces ajaulaban un recoveco que encontró ideal. Antes de enclaustrarse en su improvisada guarida tuvo cuidado de borrar en lo posible sus huellas y todo aquello que lo delatara. Cuando estuvo conforme con su labor se retiró a la enraizada oquedad en la cortada ladera. Le costó algo meter su cuerpo en el escondrijo, dada la pronunciada pendiente bajo la cual se encontraba la serpiente caudalosa que fielmente había seguido, la tierra era arcillosa y resbaladiza y por un momento temió dar con sus huesos en las aguas. Finalmente consiguió acomodarse y se dispuso a dar descanso a su fatigado cuerpo. Hacía mucho que no disponía de un tiempo de relajación y, aunque no fuese momento para una excesiva distensión, empezó a distraerse con recuerdos. Se acordó de su tierra, Marchena, un pueblecito sevillano a orillas de otro río, el Corbones. Recordó sus tiempos de niño en los que se daba baños en aquel río junto a sus compañeros de aprendizaje cuando los años lluviosos dejaban el cauce apto para algo más que revolcarse en el barro como cochinos. Rememoraba sus estrechos márgenes llenos de cañaverales, nada más alejados de la inmensidad que desprendía el torrente ingente que ahora divisaba. Pensó en los pocos amigos que tenía en el pueblo: Dieguito, Guzmán y Ricardo de las Heras, los únicos que se atrevieron a darle su amistad. Su mente deambuló por escenas más tristes: la mirada de los paisanos a su paso, el sentirse diferente, las habladurías,... ¡qué lejos quedaba aquello en ese momento! Sabía el motivo de la actitud de la gente de su pueblo; todo se debía a su madre. Pensó en ella. Era la mejor madre que nadie hubiera podido tener: dulce, cariñosa, protectora cuando debió serlo, impulsora de los potenciales de cada uno de sus hijos. Sus hermanos y hermanas agradecieron su sabiduría para darles en cada momento todo aquello que necesitaban. Pero todos se dieron cuenta tarde o temprano de que aquel ser, a más de ser objeto de innumerables envidias, focalizaba el odio interior que cada

persona tiene hacia lo extraño y lo diferente. A medida que crecía fue apreciando las cosas que diferenciaban a su madre de las demás mujeres del pueblo. A veces eran cosas nimias como la forma de cocinar, el sabor de los dulces que hacía y los ingredientes que manejaba (la miel, la almendra, la matalahúva en las empanadillas), la rígida actitud en que su padre se dirigía a ella cuando iban a los oficios, su constante afán por aparentar una religiosidad al exterior que se mostraba ausente en la intimidad del hogar, su insistencia en tomar bastante carne de cerdo y embutidos. Ya en la adolescencia su abuelo paterno, a la sazón el mayor de los detractores de su madre, le descubrió el pasado de su progenitora. Apesadumbrado, porque en el fondo aquel viejo (preso de estúpidos prejuicios) lo estimaba, le contó que su madre provenía de un linaje de cristianos conversos y que debía a su hijo y a él mismo, dada su contrastada reputación de cristianos viejos, el sobrevivir más mal que bien en aquella tormentosa sociedad llena de celos. Aquella revelación le dejó una huella que no pudo ignorar. Recordaba como en aquellos momentos sintió asco de todas las personas que lo rodeaban; ¿cómo podían tratar así a su madre, la mejor persona que había conocido?, ¿quiénes eran ellos para juzgarla?, ¿y por qué hacían lo mismo con él?, ¿por qué no tenía apenas amigos?, ¿por qué tuvo que rogarle tan encarecidamente su padre a don Álvaro para que lo admitiera como aprendiz en su taller de carpintería?, ¿por qué era el único que además de pagar su aprendizaje con su trabajo tenía que llevar una gallina cada mes a su maestro?. Recordó su discusión acerca de todo esto con su padre y la determinación que tomó de irse a Sevilla a buscar trabajo con algún otro maestro carpintero o a probar suerte en las Reales Atarazanas como carpintero de ribera, las lágrimas de su madre al verlo partir y las suyas provocadas tanto por la injusticia que dejaba atrás como por saberla mantenida aun en su ausencia. Ahora se recriminaba su marcha. Rememoró su llegada a Sevilla y los infructuosos intentos de encontrar un mentor para sus habilidades con la madera, al faltarle unas referencias que don Álvaro le había negado por miedo a que se descubriese que apadrinaba a un hereje en potencia. Se vio en los muelles buscando trabajo de estibador en el momento en que se enteró del reclutamiento para la expedición. “Un nuevo mundo”, pensó, “sin prejuicios, sin pasado, sin estúpidas manchas artificiales creadas por la intransigencia”. Paseaba por sus últimos recuerdos en tierras españolas cuando lentamente sus ojos se cerraron y su cuerpo entró en el sueño.

Despertó bruscamente; un susurro humano consiguió lo que innumerables chillidos animales no habían logrado. Su cara dibujó una expresión de terror al reconocer el

dialecto empleado. De entre todas identificó una voz grave distinta a todas las demás. Era él, el diablo pintado que atormentó hasta la muerte a todos sus compañeros, uno tras otro. Aquel individuo distinto, esbelto, cano, que destacaba entre la tropa indígena como una amapola en un trigal. Aquel que pudo contemplar arrancándole gritos al otrora impasible don Pedro, regocijándose en su tarea, con incuestionables muecas de placer en su rostro, extasiado en su macabro trabajo. Sin duda era él, el matarife de sus compatriotas, versado en el oscuro arte de mutilar sin matar, terrorífico maestro del dolor. Inconscientemente evocó la escena en la que tamaño monstruo obligó a don Pedro a observar a los indios cuando estos se comían parte de su cuerpo, sus orejas, sus dedos, sus genitales..., la sangre escapó de su rostro dejándolo en una lividez extrema. Los oía acercarse cada vez más. De no estar protegido por el saliente seguro que ya lo habrían divisado. Intentó hacer el menor ruido posible, su presurosa respiración le parecía un clamor que alertaría de su presencia, y se esmeró en contenerla al máximo. De pronto uno de ellos soltó un alarido que convocó a los demás, tras el cual alguien pronunció unas frases cortas y enérgicas que reconoció como órdenes aunque no las entendiera. Tuvo que tomar una rápida determinación; era de suponer que habían localizado su rastro y encontrándose a pocos metros, sería cuestión de minutos que lo hallaran. Cerró los ojos un instante, luego los abrió impetuosamente y observó la caída que lo separaba de las turbias aguas, contó mentalmente hasta tres y salió presurosamente de su escondite para arrojar al único elemento que podía proporcionarle algo de esperanza en aquellos momentos. Él no pudo oírlo puesto que se hallaba bajo el agua, pero el chapoteo de su caída produjo un ensordecedor vocerío entre la jauría humana que lo perseguía. Todos corrieron hacia la escarpada orilla con el hombre más alto al frente. Éste, irritado, lanzó una orden tras la cual todos armaron sus arcos a la espera de un objetivo que no atisbaban a discernir entre la corriente. El fugitivo sabía que debía intentar alargar al máximo su permanencia bajo la fluida pantalla. Abrió los ojos mientras buceaba pero no acertaba a divisar más allá de unos pocos centímetros en el nebuloso entorno en que se hallaba. Solo la inercia del primitivo salto le otorgaba una vaga referencia de hacia dónde debía dirigirse. Al límite de sus fuerzas emergió finalmente para respirar, entonces pudo comprobar que, para su fortuna, el trecho recorrido había sido suficiente para que los arqueros no tuvieran un blanco fácil. Aun así, varios proyectiles cayeron cerca. Volvió a sumergirse buscando el centro del cauce donde la corriente se acrecentaba. A la segunda emersión constató que se encontraba lo suficientemente lejos para que lo alcanzase flecha alguna y se dejó

llevar río abajo hasta quedar exento de riesgo. Sin embargo, ahora la corriente era mayor; efectivamente lo separaba del peligro humano, pero también lo adentraba en una nueva amenaza para su vida. A pesar de que había podido satisfacer gran parte de su hambre y su necesidad de descanso, no le sobraban las fuerzas, y la batalla que ahora entablaba con su hasta entonces fluyente amigo estaba empezando a perderla. A punto de desfallecer divisó un bulto alargado que flotaba algo más río arriba. Su ánimo, a punto ya de dejarlo, se vino arriba cuando comprobó que se trataba de un gran tronco que, merced a su mejor hidrodinámica, avanzaba por el curso a mayor velocidad que él. En un último esfuerzo intentó colocar su cuerpo de modo que el agua le hiciera describir una trayectoria que confluyera con la que llevaba el leño salvador. Tuvo acierto su maniobra y logró agarrar una de las amputadas ramas que sobresalían del tronco. Con gran esfuerzo se subió a horcajadas. Estuvo recuperando el resuello, y recorrió una gran distancia en tal línea cabalgadura. Ya más calmado comprendió que debía volver a la orilla si quería tener una posibilidad de sobrevivir; necesitaría comer algo y eso sólo lo obtendría en tierra firme, por lo que se situó a la cola del leño y usando su tren inferior como timón intentó aproximarse a la orilla opuesta de la que provenía. Al rato su empeño dio fruto y pudo instalarse en la zona donde el caudal se enlentecía lo suficiente como para poder maniobrar su improvisada embarcación a brazadas. Llegó a la orilla, encalló a su bienhechor y acto seguido se derrumbó en el fangoso talud. Pensó entonces en dar gracias a Dios. Aunque él nunca había sido un buen creyente (en su fuero interno detestaba a las personas que pregonaban su extrema religiosidad, también a los curas, los monjes y todo lo que le recordara los prejuicios sufridos por su madre) ahora se sentía en deuda con Él; quizás no con el Dios acostumbrado, puede que el de sus ancestros maternos velara por él, resarciéndolo de alguna manera de todo lo que ella había tenido que soportar.

La búsqueda de alimento resultó de nuevo fructífera y a la ya habitual recogida de fruta, se sumaron unos caracoles de gran tamaño; amargaban un poco pero consideró necesario suplementar su raquítica dieta con algo de carne. Tras comer reflexionó sobre la gran distancia que había recorrido navegando a lomos del tronco. Trasladándose de ese modo sería mucho más fácil afrontar la, a priori, inculminable empresa que se había propuesto. Buscó entre la maleza algunos otros troncos, muchos más finos que el mastodonte que lo había arrastrado hasta ese paraje y los fue reuniendo en la orilla. También se abasteció de ramales de enredadera y lianas, así como de todos los trozos de corteza que encontró. Con todo eso se propuso elaborar una precaria almadía

entrelazando los distintos troncos con las ramas bejucosas. En aquellos momentos hubiera dado medio año de su vida por tener sus herramientas, hubiera cambiado sus dedos por puntas, como aquellas, largas y afiladas, que había usado para la estructura de los primeros barracones en la misión. Le llevó horas su empeño y cuando hubo acabado se quedó mirando satisfecho aquella amalgamada obra suya. Sentía una complacencia aún mayor que el día que realizó la mesa del comedor de su casa. Aquel día su madre lo besó en la mejilla, orgullosa, transmitiendo con el roce de sus labios toda su ternura y amor gestados a la par de su ser. Su padre no dijo nada pero sus ojos proyectaban reconocimiento al mirarlo. Allí, de pie, observando el basto pastiche que acababa de engendrar, inconscientemente se tocó la mejilla para asegurarse que aquel beso seguía allí. Después, con una piedra fue dando forma aperada a la pieza mayor de corteza que pudo encontrar, y tras acoplarla a la estaca más recta que tuvo a mano, la transformó en el timón de su almadía.

El día transcurrió entre la búsqueda de alimento y la construcción de la balsa. Empezó súbitamente a llover y Julián puso todas las cortezas sobrantes con la parte cóncava hacia arriba, buscó hojas verdes amplias y las embutió dentro a modo de fundas impermeables, de ese modo tendría agua para beber. Siempre había evitado beber del río, sabía que algunos de sus compañeros de expedición enfermaron por hacerlo. Desde que escapó había procurado beber del agua encerrada en las pequeñas cavidades que ofrecía la selva (un resto de tronco, las inserciones de grandes hojas,...), sin embargo dos o tres veces tuvo que saciar su sed con las turbias aguas que por fortuna no le habían acarreado ningún mal. Cuando cayó la noche se refugió bajo una frondosa planta herbácea de amplia hojas. El sentimiento de seguridad había aumentado considerablemente, la distancia que suponía a sus antiguos captores era grande y eso le permitió un dormir tranquilo.

Corría frenético nuevamente, los oía acercarse cada vez más, los estridentes gritos lo advertían que probablemente de encontrarse al descampado sus proyectiles ya lo habrían alcanzado. Iba al límite de lo que ofrecían sus piernas y sin embargo cada vez sonaban más cerca. Paró un instante tras un árbol para recuperar el resuello. Se giró para ver si los divisaba y se encontró de bruces con su azul mirada... Su traumática salida del estado onírico desembocó en una brusca incorporación, por la cual su cabeza topó con la aún húmeda cubierta vegetal que le amparaba, a consecuencia de tal impacto su cuerpo recibió innumerables gotitas que terminaron de espabilarle. Respiró aliviado, se

tranquilizó y evocó, ahora conscientemente, el recuerdo del dueño de la mirada que rompió su pesadilla. Su primer encuentro con él se produjo en el ataque sufrido por la misión dos días después de que partiera de ella un grupo en viaje de provisión. El menguado destacamento no pudo contener el asalto indígena que de modo anormalmente estratégico terminó con la toma del emplazamiento. Su primera impresión, a pesar de las penosas circunstancias en que se hallaba, no fue mala sin embargo. Aquel individuo, diferente a cualquier otro de los agresores, exhortaba a los demás para que no ajusticiasen a los supervivientes del combate y los tomaran prisioneros. Más tarde comprendió la vileza del tipo; en aquellos momentos lo que hacía era asegurarse que nadie le robara los momentos de placer que experimentaría torturando hasta el infinito a los desgraciados cautivos. Sí, placer, eso era lo que dibujaba su cara con cada desgarramiento de piel, con cada quiebre de huesos. La expresión que podía contemplar en su rostro pintado era la misma deleitosa mueca que pudo observar en la muchacha con la que yacía su amigo Dieguito aquel lejano día en Marchena, mientras los espiaba a través de una angosta rendija del cobertizo donde ambos retozaban. Aquello era placer. Paladeaba cada momento inmediatamente anterior a alguna tortura, le enseñaba a los reos cada instrumento a utilizar y gesticulaba sobre su posterior uso haciendo que el dolor psíquico que sufrían fuera casi equiparable al carnal. Entre los espectadores de su funesto ritual sentaba a los demás prisioneros para que contemplaran el destino que les aguardaba. Cuando alguien se negaba a mirar lo obligaban a hacerlo. De cuando en cuando el espigado verdugo se acercaba al cautivo público y realizaba una intensa inspiración seguida de otros de sus gestos lascivos... Así fue como descubrió el color de sus ojos, esos que lo sobresaltaron hacía poco rato. “Olía el miedo”, se dijo, “ese malnacido olía el miedo y disfrutaba”. Hasta ahora no se había preguntado por la procedencia de aquel tipo. Era obvio que no era uno de los indígenas, aunque ellos lo trataran como uno de los suyos, dándole además galones de caudillo. La heterogeneidad de la pintura de su cuerpo dejaba entrever el color claro de su piel y su iris era de un azul limpio. Ellos se dirigían a él llamándolo *Tsu-Dado* y aunque hablaba su lengua, pudo comprobar que también dominaba el castellano, aunque con un acento silbante que delataba que, probablemente, su idioma nativo fuera el portugués. De repente, recuperó el nerviosismo que le provocaba su condición de evadido y se encaminó a la única promesa de libertad que le quedaba, representada en el amasijo flotante encallado en la orilla. Se subió encima procurando no deshacer las inestables uniones y se dejó llevar río abajo. “Todos los ríos van al mar” se volvió a decir.

Al cuarto día de navegación consideró que sus perseguidores ya no le suponían una amenaza. La balsa estaba respondiendo bien, aunque todos los días, tras la maniobra de ataque, dedicaba gran parte de la jornada a reforzar las uniones y agregar troncos más gruesos, con lo que la superficie flotante aumentó considerablemente sus dimensiones. Procuraba viajar lo bastante alejado de la orilla para que la corriente le llevara más aprisa. Además así evitaba el encuentro con otros nativos que pudieran suponerle un nuevo peligro. Desde su embarcación había podido divisar a varios, pero no le causaron problema alguno. Al quinto día desde la construcción de la balsa notó que la corriente empezó a conducirse de manera más violenta, trató de maniobrar el timón para acercarse a la orilla pero el trozo de corteza que había aguantado estoicamente todo el trayecto se rompió. Trató entonces de, como hiciera cuando conoció a su tronco amigo, poner sus piernas a modo de timón situándose en la popa. No obtuvo resultados favorables. El flotante había crecido tanto en tamaño que su esfuerzo por conducirlo resultaba inútil. El río aceleraba con una impetuosidad desatada. Se incorporó y pudo divisar que se acercaba a gran velocidad a unos rápidos consecuencia del desnivel que el cauce experimentaba súbitamente. De manera intuitiva se agarró a “su tronco” desechando la idea de mantenerse en el centro de la almadía. El primer impacto con las rocas desarboló totalmente la estructura. Al primero le siguieron dos golpes más. En el tercero se soltó de su protector y su lucha, ya desnuda, con las aguas se agravó al máximo. Por fortuna su cuerpo no encontró la piedra asesina y resistió incólume hasta el final de la trampa que el fluvial sendero le había preparado. Al remanso que siguió llegó a la vez que su leñoso amigo, al que recibió dándole unas palmaditas cual equino y de inmediato se encaramó una vez más a su lomo. Intentando recuperarse del susto se encontraba, cuando notó una nueva aceleración del curso. El ruido de los rápidos quedaba atrás y por momentos era silenciado por un estruendo rematadamente mayor. Su organismo se vio entonces sometido a la mayor sensación de velocidad que jamás experimentaría en su vida y, alzando la mirada, divisó como el río parecía acabarse en el cercano ya horizonte. “Dios mío una cascada”, comprendió. No lo iba ayudar ahora mucho la inanimada compañía sobre la que se encontraba sentado, resignado a su suerte, se agachó y la besó: “Adiós amigo, gracias por todo”. La caída era considerable, no menos de cuarenta metros. En los segundos que transcurrieron hasta su término, Julián creyéndose a ciencia cierta en el fin de sus días intentó implorar a lo divino. Pero un solo pensamiento se dejó traslucir en su última palabra: “¡Madre!”.